

EL GUÍA DEL HERMITAGE

HERBERT MOROTE

EL GUÍA DEL HERMITAGE

PERSONAJES:

-El guía del museo, Pavel Filipovich, es muy mayor y su energía varía por momentos. A pesar del frío no está muy abrigado.

-Igor, el guardián del museo, pasa de los cincuenta años aunque parece mayor, cojea. Viste un viejo abrigo con medallas, bufanda y una gorra militar. Lleva en bandolera un viejo fusil con la bayoneta calada.

-Sonia, la mujer de Pavel, tiene 45 años, es alta, ágil y vibrante. Su ropa parece haber sido de calidad.

En el museo Hermitage. Un gran espacio en penumbra. En un lado hay una gran puerta de dos hojas, cerradas, que contiene una puerta pequeña con trancas. En las desnudas paredes se perciben unas ventanas a cierta altura con sus contraventanas también cerradas. Una escalera plegable está apoyada en una de ellas. A un lado, dos pequeños camastros junto a toscos cajones de embalaje que sirven de mesas, de sillas. Lámparas de aceite. El resto sugiere salones vacíos. La pequeña estufa no sirve para mucho.

Igor está barriendo el área mientras se oyen cercanos bombazos de la artillería alemana. De pronto suenan toques en la pequeña puerta. Igor se asusta, toma con cuidado un cuadro cubierto con tela que está apoyado en la pared, lo besa, se santigua y lo esconde bajo su camastro. Los golpes en la puerta son más seguidos.

IGOR.- *¿Eres tú, Dimitri? ¿Hijo, eres tú? (Silencio, salvo los cañonazos alemanes que son más espaciados, mientras los golpes en la puerta se hacen más seguidos) Ya voy hijo, ya voy. Espera, espera, tengo que buscar la llave.*

SONIA.- *(Desde afuera) Camarada Igor, abra rápido la puerta. Abra la puerta. Estoy muerta de frío.*

IGOR.- *(Gritando) ¿No eres Dimitri? Dimitri, Dimitri, ¿estás allí? (Con sorna) ¿Lo ves?, ¿lo ves?, los alemanes se cansaron de*

bombardearnos esta noche. Esos cobardes no resisten el frío soviético, ja, ja. No lo aguantan, ja, ja. No lo aguantan...

SONIA.- Camarada Igor Igorovich, déjese de tonterías y abra rápido. Dese prisa. Estoy congelada.

IGOR.- *(Levanta dos trancas y tiene dificultad para abrir con la llave)*
Espera, espera. Ah..., es usted, camarada Sonia. *(Mirando afuera)*
¿Dónde está Dimitri? ¿Ha visto a mi hijo?

SONIA. *(Con intención)* Usted ya sabe donde está, camarada. *(Pausa)* Este es el peor invierno que he visto. No me sorprendería que estuviésemos 40 grados bajo cero.

IGOR.- Claro que sé donde está. Está como siempre, en la trinchera del Almirantazgo empuñando el fusil. Dimitri salió fuerte y valiente como su padre, que recibió estas medallas por...

SONIA.- *(Sacando paquetes de una bolsa grande que traía bajo su abrigo)* Camarada Igor Igorovich aquí tiene sus raciones de pan, pescado seco y su tarjeta. Ya no queda azúcar. *(Pausa)* Oiga, ¿cómo sigue mi marido?, ¿le han seguido las taquicardias? ¿Dónde está?

IGOR.- *(Revisando los paquetes)* Está por allí. No se va a perder. O sea que no hay azúcar, ya ni recuerdo su sabor. Deben estar dándosela a nuestros muchachos y hacen bien. Los viejos sabemos aguantar. *(Poniendo atención al silencio de afuera)* Ya pararon los cañonazos, camarada.

SONIA.- ¿Por dónde anda ahora mi marido, camarada Igor?

IGOR.- ¿Qué sabré yo? Antes lo seguía, pero ya me cansé. Él conoce el museo mejor que nadie. No necesita luz. *(Pausa)* La verdad, Sonia, es que esperaba ansioso su visita. Tengo que hablar seriamente con usted.

SONIA.- ¿Le pasa algo a mi marido?

IGOR.- Mire, lo que sucede es que cada vez entiendo menos a Pavel Filipovich. Él mismo ayudó a embalar los cuadros del museo y sigue por allí describiéndolos como si estuvieran colgados en las paredes. Ah... ¿sabe lo que hace ahora? Ni se lo digo. Es mejor que lo vea usted con sus propios ojos.

SONIA.- ¿Qué le pasa ahora?

IGOR.- ¿Hace cuánto tiempo que usted no viene por aquí? ¿Un mes?

SONIA.- No creo que tanto. *(Leyendo una tarjeta de racionamiento)* Exactamente 18 días. No he podido hacerlo antes, camarada.

IGOR.- No me dé excusas a mí, Sonia. El caso es que tendrá que llevarse a Pavel, camarada. Su marido ha perdido la razón.

SONIA.- ¿La razón?

IGOR.- Sí, la razón, está loco. Además yo, como comisario de este museo, no acepto la responsabilidad de que le dé un ataque y se me quede muerto en algún salón. Ese hombre necesita medicinas y cuidado. Le falla la cabeza, el corazón y, como si fuera poco todo eso, ni se abriga de este frío...

SONIA.- *(Quitándose su abrigo)* Usted no sabe lo que dice, camarada, aquí no hace tanto frío. *(Pausa)* Bien quisiera

llevármelo, pero adónde, dígame usted. Nuestra casa la han bombardeado tres veces, ya no hay rastros de ella. No quedan asilos para ancianos, los hospitales están desbordados. Las medicinas para el corazón se acabaron hace tiempo. *(Pausa)* Como usted sabe, hace meses que no podemos enterrar a nuestros muertos, los dejamos en la calle y allí se quedan congelados. No, camarada, Pavel está mejor aquí. Al fin y al cabo, él siempre pasó más tiempo en el Hermitage que en la casa. Este museo es lo más seguro de Leningrado.

IGOR.- Usted como miembro del Comité de Defensa no debería decir esas cosas. ¿Ha perdido la confianza en Stalin?

SONIA.- Nunca jamás. ¡Qué barbaridades dice usted!

IGOR.- Entonces cuide su lengua, camarada Sonia, puede meterse en líos. Pronto derrotaremos a los alemanes.

SONIA.- De eso no tengo dudas, pero tampoco creo que sea de la noche a la mañana. Encerrado aquí usted no tiene ni idea de la situación que se vive afuera. Ya no quedan ni gatos ni perros. Eso sí, nadie se queja. *(Pausa)* Todos tenemos que cooperar, camarada Igor, y a usted le ha tocado la suerte de hacer muy poco: solamente tiene que cuidar a mi marido.

IGOR.- De eso nada, yo soy comisario del museo, no enfermero. *(Pausa)* Camarada Sonia, le ordeno que se lleve esta noche a su marido Pavel Filipovich.

SONIA.- ¿Y lo pase por zanjas, trincheras, cloacas, hasta llegar a un refugio? ¿Sabe cuánto me he demorado para venir desde la catedral de San Nicolás? Dos horas. Como lo oye, dos horas, y eso gracias a que me conocen en todos los controles.

IGOR.- Yo, como autoridad, como comisario del Museo Estatal...

SONIA.- Cállese, Igor Igorovich, usted no es autoridad ni comisario de nada. El Hermitage todavía no lo bombardean porque los alemanes creen que se pueden robar los cuadros. Vaya, busque a mi marido para darle su racionamiento. Quiero verlo. *(Pausa)* Pobre hombre. *(Pausa)* Dese prisa, tengo que regresar al Comité antes de que amanezca. Vaya a buscarlo, le digo.

IGOR.- ¡Qué manera de tratar a un anciano!, Sonia. Pues no voy. Vaya usted si quiere, sólo faltaba que venga alguien a mandar al comisario del Museo Estatal Hermitage.

PAVEL.- *(Entra hablando con grandiosidad a un grupo imaginario de visitantes mientras su mujer se queda estupefacta e Igor guarda sus provisiones en uno de los cajones)* Espero mis estimados camaradas que hayan disfrutado del recorrido. Lamento que la visita haya durado sólo dos horas, pero esto les servirá para hacerse una idea del maravilloso contenido que tiene el Hermitage. Piensen que si nos hubiéramos detenido un minuto en cada obra de arte, la visita hubiera durado doce años. Sí, doce años. Regresen nuevamente. Aprenderán mucho, se maravillarán. Los esperamos. Antes de salir no se olviden de recoger sus pertenencias del guardarropa, y abríguense bien que debe haber un frío horroroso afuera. Que tengan buenas noches. Nuevamente gracias por venir. No, no, los guías del Hermitage no aceptamos propinas, muchas gracias. Buenas noches, camaradas.

(Largo Silencio) *(Al reconocer la presencia de su mujer se alarma)*
¿Qué te ha ocurrido, Sonia? ¿Por qué traes esa cara? *(Pausa)*
¿Malas noticias? ¿Bombardearon el tren del Hermitage?

SONIA.- No, cariño. El tren está a salvo. Fue lo último que salió antes de que destruyeran la estación. Ahora sí estamos totalmente cercados.

PAVEL.- ¡Qué importa eso, querida! ¡El arte está a salvo! (*Saltando de alegría y tratando de bailar con Sonia y con Igor que no lo siguen*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bailemos, Sonia! ¡Bailemos, Sonia! ¡Bailemos, Igor! ¡Bailemos, Igor! ¡Vamos, Sonia, ánimo!

SONIA.- Para Pavel, para, para.

PAVEL.- ¿Por qué te pones así? Te desconozco, Sonia. ¿Qué es lo que te preocupa?

IGOR.- Tú le preocupas, Pavel. ¿No te das cuenta?, estabas hablando solo.

PAVEL.- ¿Yo hablando solo? Estoy hablando con mi mujer, idiota.

IGOR.- (*A Sonia*) Es inútil discutir con él. Lléveselo, Sonia, cada día está peor.

PAVEL.- ¿Quién está peor? A ver, ¿por qué cuando estás solo subes la escalera y abres la ventana? ¿No está prohibido acaso abrir las ventanas? ¿Con quién hablas?

IGOR. No te pases, Pavel Filipovich. Nuestra amistad de treinta años puede terminar hoy.

SONIA.- Vamos, vamos, no peleéis. Querido, aquí está tu racionamiento. Me quedo con tu tarjeta. Dicen que no habrá más azúcar. He conseguido una botella de vodka para que la compartas

con tu amigo Igor. Ábrela ahora si te apetece. Pero, dime cariño mío, ¿con quién hablabas cuando entraste?

PAVEL.- ¿Cómo que con quién? ¿No sabes que soy guía del museo?

SONIA.- Sí, pero no hay nadie.

PAVEL.- Claro, ya se fueron. *(Pausa)* Querida Sonia, el ejército se ha llevado a todos los que pueden coger un fusil, así que por viejo y enfermo me he quedado como único guía. También Igor es el único vigilante que se ha quedado, pero éste por cojo. Él dice que es comisario del museo, ja, ja, comisario. Lo único que hace es espíarme con ese fusil que no dispara.

IGOR.- *(Encañonándolo)* ¿Que no dispara?

PAVEL.- Bah... quita eso, payaso. Querida Sonia, como soy el único guía tengo que dar todas las visitas. Todas.

SONIA.- ¿A quién das las visitas, cariño? ¿Qué es lo que muestras?

PAVEL.- Pues, lo de siempre, las salas de arqueología, luego los salones de pintura, es decir un poco del maestro Velázquez, algo de Rembrandt, Renoir, Picasso. Pero qué te voy a contar a ti que sabes muy bien lo que hago. Ah... ¿has visto la exhibición de Repin? No creo que la hayas visto. Te la puedo mostrar si quieres, es muy completa. Fíjate que hemos traído cuadros del Museo Ruso y de la galería Tretiakov. Estamos conmemorando el centenario de su nacimiento. ¿Quieres que te muestre la exposición?

SONIA.- ¿Tú ves esos cuadros, querido Pavel? ¿Los ves?

PAVEL.- La vista me falla, pero no estoy ciego todavía. Pruébame si quieres. (*Levantando un brazo pero sin mirar*) Allí, arriba de nuestros camastros está la foto de Stalin, ¿la ves?

SONIA.- No hay nada en la pared, cariño.

PAVEL.- (*Mirando a la pared*) ¿Quéee? Efectivamente, no está. ¡No está! ¿Qué pasó con la fotografía, Igor?

IGOR.- Pues no sé. Yo también acabo de darme cuenta que no está. ¿No la habrán embalado los soldados creyendo que es un cuadro valioso?

PAVEL.- De ninguna manera. Había una caja de madera para cada cuadro. Ni una más ni una menos. Al final quedaron sólo dos cajas, una era para el arcángel San Gabriel, llamado el “Ángel de cabellos dorados” de autor anónimo del siglo doce; la otra caja estaba destinada a “El milagro de San Jorge” de la escuela de pintura de Nóvgorod posiblemente terminado alrededor de 1475. Esos iconos son lo más representativo de esa época.

SONIA.- ¡Qué maravillosa mente tienes, cariño! ¿Y por qué las dejaron para el final si eran tan valiosas, Pavel?

PAVEL.- Misterios de la naturaleza humana, querida. Misterios. El coronel encargado de la mudanza lo ordenó así. Quizá creía que los iconos hacen milagros y que nos protegerían de los alemanes. ¿Estás de acuerdo conmigo, vigilante de pacotilla?

IGOR.- Como todos los locos a veces dices la verdad, pero no es necesario que insultes.

SONIA.- Reconozca, camarada Igor, que mi marido está estupendo, ¿verdad cariño que estás como siempre?

IGOR.- Usted está tan loca como Pavel. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

PAVEL.- Yo veo lo que veo, guardiancillo. *(Pausa)* Y no veo lo que no veo, lógicamente. *(Pausa)* Claro que también veo lo que no veo. *(Pausa)* Para que me entiendas esto último, animal: veo que no está la foto de Stalin.

SONIA.- Pero qué importa eso, querido. *(A Igor)* ¿Tenía valor?

IGOR.- No estaba catalogado, si a eso se refiere. Era una de esas fotografías grandes que enviaban a todas las instituciones. Los soldados han cometido un error en llevarse a Stalin, esto sigue siendo un museo estatal así esté vacío.

SONIA.- Camarada Igor, tendrá usted que reconocer que mi marido está mejor que usted que no se entera ni de lo que le quitan de las narices. Dejo a Pavel bajo su protección.

IGOR.- ¿Pero, no le ha visto usted misma hablar con visitantes fantasmas? Habla con fantasmas, Sonia.

PAVEL.- Qué cosas se te ocurren ignorante guardián. Yo que no creo en dios voy a creer en fantasmas. Eso te lo dejo a ti, que te he visto santiguar varias veces.

IGOR.- Me ha calumniado, Sonia, ya no lo soporto. Lo único que falta es que diga que soy religioso. A mí, a mí que soy comunista, ateo y materialista de toda la vida. Lléveselo si no quiere que lo haga arrestar por insulto a la autoridad.

SONIA.- Vamos, vamos, parecen chiquillos. Sirve el vodka, querido, y brindemos por Leningrado.

PAVEL.- De acuerdo, brindemos por Leningrado y por ti, querida. También por ti Igor, y disculpa si te he ofendido. No ha sido mi intención, perdóname. (*Le da la mano a Igor*)

IGOR.- (*Reservado*) Perdonado, pero que sea la última ¿eh?

SONIA.- Salud, por la amistad.

IGOR Y PAVEL.- Salud.

IGOR.- ¡Qué bueno está este vodka! Humm, hacía tanto tiempo que no bebía. Dígame, camarada Sonia, usted que es inteligente y tiene un alto cargo en el Comité, ¿cree usted que uno debe preocuparse por el porvenir o esperar a que las cosas lleguen cuando deben llegar?

PAVEL.- Resulta que el vodka hace filosofar hasta a las mulas.

IGOR.- (*A Sonia*) ¿Cree usted que debemos esperar a que uno esté agonizando para...

SONIA.- (*Interrumpiéndole*) ¿Quiere usted llevarme nuevamente a la discusión anterior? Yo creía que habíamos dado vuelta a esa página.

IGOR.- Pues, no. Yo como autoridad...

PAVEL.- Cierra el pico, autoridad, y bebe.

IGOR.- No como autoridad sino como viejo amigo, creo que estás mal de la cabeza, Pavel Filipovich. Mira, eso de hablar solo de vez en cuando es algo que todos hacemos, pero describir cuadros que no están colgados es algo serio...

PAVEL.- Yo, tonto, tontísimo...

IGOR.- (*Interrumpiéndole*) Déjame terminar por una vez, Pavel.

SONIA.- Déjalo hablar, Pavel. Igor es tu amigo.

PAVEL.- Acepto, acaba lo que tengas que decir.

IGOR.- Decía que no veo nada malo en que hables contigo mismo. Lo raro es que describas los cuadros que no están, y peor que eso, sírveme un poco más, gracias. Lo peor es que te dirijas a visitantes fantasmas.

PAVEL.- ¿Fantasmas?

IGOR.- Hace 18 meses que el museo está cerrado, Pavel.

PAVEL.- ¿Y eso qué tiene que ver?

IGOR.- Además, ya no hay nada. Hoy terminamos el trabajo de seis meses. El tren que burló el cerco llevándose las últimas obras de arte estará dentro de unos días en los Urales o quién sabe dónde. Ya no hay nada aquí.

PAVEL.- ¿Nada?

IGOR .- Nada.

SONIA.- Ya no hay nada aquí, cariño.

(Silencio)

PAVEL.- ¿Nada, eh? Veamos, ustedes no podrán negar que estamos por lo menos los tres.

SONIA Y PAVEL.- Sí.

PAVEL.- Muy bien, es un gran comienzo. ¿Tampoco podrán negarme que estamos en el Hermitage, verdad?

SONIA.- No lo niego, cariño. Estamos en el museo Hermitage.

IGOR.- Yo tampoco lo niego. Sírveme un poco más.

PAVEL.- *(Dándole la botella)* Bebe lo que te apetezca, sabio protector del arte. Muy bien, al otro lado de esa pared está el río Neva, ¿cierto o falso?

IGOR y SONIA.- Cierto, cierto.

PAVEL.- Vamos bien, muy bien. Es decir que aunque no está a la vista el Neva podemos describir a ese maravilloso río, sabemos que está helado, que podemos caminar sobre él sin miedo a hundirnos. Es más, podemos sentir la corriente que fluye bajo esa sólida capa de hielo.

SONIA.- Tienes razón, querido, pero no sé a dónde nos llevas.

PAVEL.- A que aceptes... *(Se pone una mano en el pecho como si tuviera un ligero dolor)*

SONIA.- ¿Te sientes bien?

PAVEL.- Perfectamente. Te decía que me gustaría que aceptases que siempre, siempre, están a nuestra vista las cosas y las personas que apreciamos, que amamos.

IGOR.- ¿Aunque no estén?

PAVEL.- ¿A quién le importa que lo que uno ama esté o no para verlo y sentirlo? Cierra los ojos y dime ¿puedes ver, sentir, el Neva?

IGOR.- Nos enredas porque crees que se nos ha subido el trago, pues te equivocas, yo podría beber cinco botellas de vodka y darme cuenta si me quieres engañar. *(Pausa)* No, Pavel, cien veces no. Una cosa es el Neva y otra cosa son los cuadros, y peor que eso es hablar a gente que no está.

PAVEL.- Bestia cancerbero, a ver ¿con quién hablabas esta mañana desde la ventana? ¿Acaso nosotros, querida Sonia, que no dormimos juntos hace meses, no hemos acordado hablarnos todas las noches antes de dormir y contarnos lo que nos pasó en el día? Yo lo hago, ¿lo haces tú?

SONIA.- Claro, y siento tu voz y tus consejos, cariño. Pero creo que esto no es igual. Te he visto hablando a gente como si hubieran venido a una visita guiada y eso me pare... *(Pavel tiene un fuerte dolor al corazón, pone las dos manos en el pecho y cae de rodillas)*. ¡CARIÑO! ¡CARIÑO! ¡Igor, ayúdeme! Vamos a ponerlo en la cama. *(Con gran esfuerzo lo acuestan)* Así no, debe quedar recostado con la cabeza alta. Así es mejor. *(Le desabrocha el cuello)*

PAVEL.- (*En voz baja*) No te preocupes mujer, esto me va a pasar rápido. Todavía no me ha llegado la hora.

IGOR.- Ya ve, Sonia, ya ve. Esto es a lo que me refería, Pavel está muy enfermo.

PAVEL.- (*Recuperándose*) Yo te enterraré, vigilante de pacotilla.

IGOR.- (*Alegre*) No me sorprendería, te recuperas muy rápido, bribón.

PAVEL.- Uff... creo que ya pasó. Sí, ya me pasó. Otro pequeño susto. No te alarmes, Sonia, viene como un relámpago y también se va como relámpago. ¿Has traído algún cigarrillo, querida?

SONIA.- No debes fumar, Pavel. El doctor te lo ha prohibido.

PAVEL.- Hace meses que no fumo. ¿Has traído cigarrillos?

IGOR.- Ya te han dicho que no puedes fumar, Pavel. (*A Sonia*) Yo lo puedo hacer por él, el tabaco no afecta a mi pierna.

SONIA.- Los dos tendrán que esperar. Ya no quedan cigarrillos en Leningrado.

PAVEL.- Eso sí que es una desgracia.

IGOR.- Cierto, una desgracia muy grande.

PAVEL.- No repitas lo que digo, Igor. (*A Sonia*) Vamos a acabar la conversación. A ver, ¿en qué estábamos? Ah..., sí; decías, querida, que estaba hablando con fantas...

SONIA.- Déjalo, cariño, ahora no importa.

PAVEL.- Sí importa, Sonia. Importa mucho.

SONIA.- Lo que importa es que descanses por ahora. Ya tendremos tiempo para hablar todo lo que tú quieras.

PAVEL.- No, Sonia, no tenemos tiempo. Yo no tengo mucho tiempo.

IGOR.- ¿No decías que me ibas a enterrar?

PAVEL.- Sonia, acabemos esa conversación. Es importante, muy importante para mí. Si no ves lo que yo veo es que estoy loco y he estado loco toda mi vida. Eso es triste, Sonia, triste.

IGOR.- Qué tonterías dices, sabiendo. *(A Sonia)* Nunca lo he visto así, ¿le puedo dar un trago?

PAVEL.- Y dos, y tres, ya no estamos en situación de ahorrar, cancerbero. *(A Sonia)* Acabemos la conversación, Sonia. *(Bebiendo de la botella)* Quiero convencerte de que no estoy loco. Yo veo esos cuadros, Sonia, los veo. Y veo a la gente, Sonia, y hablo con ellos, les explico, contesto sus preguntas. Yo soy un guía en activo, Sonia. ¿Me crees querida? ¿Me crees?

SONIA.- Sí te creo, mi querido Pavel. Yo creo todo lo que me dices.

PAVEL.- No, Sonia. Eso me lo dices porque quieres alegrar a un viejo loco. No, no me crees. Me harías más feliz si dijeras que no me crees porque así yo podría...

IGOR.- (*Interrumpiendo*) Si la verdad te hace feliz cuenta conmigo. Yo no te creo, aquí no hay cuadros ni visitantes. Ahora alégrate y pásame la botella que te la vas a acabar.

PAVEL.- Bébetela toda, Igor. A ti no podría convencerte de nada. Para ti la luna sólo sale de noche y el sol de día. Eso sí es estar completamente loco. (*A Sonia*) ¿Cuánto tiempo tenemos juntos, querida? ¿Veinte años?

SONIA.- Casados veinte, pero juntos, cariño, tenemos veintitrés.

PAVEL.- Pues bien, esta es la conversación más seria en nuestros veintitrés años.

SONIA.- Se te ha subido el vodka, querido Pavel.

IGOR.- No crea, éste habla así con o sin vodka.

PAVEL.- Sonia, cariño, esto es crucial. Yo veo esos cuadros y hablo con esa gente.

SONIA.- Bueno, cariño, te creo, ves esos cuadros y hablas con esa gente. Ahora descansa, duerme un poco. Todos estamos cansados. Mañana volveremos a hablar sobre esto.

IGOR.- Buena idea, camarada, descansemos.

PAVEL.- (*A Sonia*) ¿Tú crees que uno puede descansar cuando se encuentra de sopetón que su mujer lo cree loco? (*Señalando a Igor*) La opinión de éste me enaltece, figúrate que Igor me creyera tan cuerdo como él, eso sí me haría pensar que estoy irremisiblemente perdido. Pero tú, cariño, a ti quiero convencerte

de que no lo estoy. *(Pausa)* Hagamos esto. *(Levantándose con dificultad del camastro)* Vamos a ver los cuadros.

IGOR.- Te prohíbo que te levantes, Pavel Filipovich.

SONIA.- Tu amigo Igor tiene razón. Mejor descansa, querido.

PAVEL.- Descansaré cuando me muera. Vamos, Sonia, te voy a mostrar unos cuadros, vamos. ¿Por dónde quieres que comencemos, por los iconos?

SONIA.- Pero, cariño, ¿no dijiste que tú mismo que se llevaron los últimos iconos?

PAVEL.- Bah, mujer, ese es un detalle sin importancia. Yo te los mostraré, son magníficos.

IGOR.- *(A sí mismo)* Está loco de remate. Por Dios, en qué acabará todo esto.

SONIA.- ¿Te sientes bien, cariño?

PAVEL.- Estupendamente.

SONIA.- ¿Tienes fuerzas como para caminar?

PAVEL.- Hasta los Urales. O más.

IGOR.- *(A sí mismo)* Este se me muere aquí mismo.

SONIA.- ¿De veras que quieres mostrarme los cuadros?

IGOR.- (*A sí mismo*) Por Dios, esta también me salió loca. ¡Estoy perdido!

PAVEL.- ¿Qué murmuras, diligente comisario? ¿Nos acompañas a visitar el Museo Estatal Hermitage?

SONIA.- (*Animada*) Venga, camarada Igor Igorovich, tendremos un guía privado. ¡Qué lujo!.

IGOR.- Qué le pasa, camarada Sonia, se ha vuelto usted loca. Acaso no sabe que ya no hay nada aquí.

SONIA.- Venga, acompáñenos, Igor. Usted, el mejor amigo de mi marido, no debe perderse esto.

PAVEL.- Ven, cobarde, no temas a la realidad.

IGOR.- ¿Qué realidad? Es fantasía, locura, desvarío.

PAVEL.- Realidad, fantasía, locura, desvarío, son sinónimos. Ven, haré una visita corta para que no te duela tu pierna. Visita corta pero selecta, ¿eh? Qué te apetece ver, mi querido amigo. (*A Sonia*) Éste conoce de pintura más de lo que te puedes imaginar; lo ha aprendido por ósmosis, ja, ja, ja.

IGOR.- No te burles. Entiendo algo, sí señor.

SONIA.- Pues entonces venga, hablaremos de pintura, comentaremos los cuadros.

IGOR.- ¿Pero qué cuadros? No hay nada.

PAVEL.- Ven, querido Igor.

SONIA.- Venga, querido Igor Igorovich.

IGOR.- (*Cogiendo una lámpara y apagando las otras*) Bueno, bueno, los acompañaré pero que conste que no lo hago porque lo crea. Lo hago por amistad. Ah, y porque soy comisario del museo soy responsable de la seguridad del edificio y de su contenido.

Saliendo todos

PAVEL.- ¿He oído bien? ¿Dijiste, estricto comisario, que eres responsable del contenido del Hermitage?

IGOR.- No empecemos, Pavel... no empecemos...

OSCURO

2

Entran los tres personajes a un gran salón en penumbra, Igor lleva la lámpara de aceite.

PAVEL.- Generalmente comenzamos las visitas en las salas de arqueología...

SONIA.- (*Impaciente*) Tú dijiste que nos mostrarías las pinturas.

PAVEL.- De acuerdo, querida, vayamos a las salas de pintura, pasemos por alto la arqueología. Dije arqueología porque es una parte del museo que interesa a muchos visitantes. Tenemos más de 700,000 piezas.

IGOR.- (*Con sorna*) ¿Ah, y tú nos querías mostrar todas? Mira, no exageres tu locura, Pavel.

PAVEL.- Igor, no seas tonto. Como guía privado quería decirte las opciones que tenéis.

IGOR.- ¿Opciones? (*Reflexionando*) Pues bien, yo quiero comenzar con las salas de numismática.

PAVEL.- Tenemos muchísimas monedas y medallas, más de un millón. ¿Quieres que te muestres todas?

IGOR.- No, (*Reflexionando*) sólo quiero ver las de la época de Iván, de Iván el terrible.

SONIA.- Qué pesado es usted, camarada Igor. Las monedas y medallas es lo más aburrido de un museo.

IGOR.- Estimada Sonia, el camarada Pavel Filipovich nos ha dicho que podemos escoger lo que queramos ver. Pues bien, yo quiero ver monedas y medallas.

PAVEL.- Pues no te las mostraré, Igor. Ahora te fastidias.

IGOR.- Eres un embustero.

PAVEL.- El embustero eres tú. Aquí ya no hay medallas ni condecoraciones ni monedas. Las hemos enviado a los Urales.

IGOR.- ¿Queéé...?

PAVEL.- De qué te sorprendes, vigilante de pacotilla. Debes estar loco para pedir ver monedas.

IGOR.- Creo que me va a dar un ataque. ¡Por Dios, resulta que ahora el loco soy yo!

PAVEL.- Pues claro, pides que te muestre cosas que no están. Acaso tú mismo no has ayudado a empacarlas y ponerlas en el camión.

IGOR.- (*Muy nervioso*) Este hombre me va a matar. Me va a matar.

SONIA.- Vamos, camarada Igor, no se ponga así. Son bromas.

PAVEL.- Ninguna broma, querida. No queda en el museo ninguna moneda ni medalla.

SONIA.- Ya lo sé, cariño. Ya lo sé. Pero tampoco están las pinturas, y, sin embargo, nos llevas a verlas.

IGOR.- Muy bien dicho, camarada Sonia. Temía que también usted estuviera un poco... ya me entiende.

PAVEL.- Lo de las pinturas es otra cosa. Esas pinturas... esas pinturas... pero para qué volver a hablar de lo mismo. Vamos a verlas, constatación con vuestros propios ojos. Comenzaremos con los iconos. *(Igor se sobresalta)* Para que no se canse este cojo nos detendremos en uno sólo: el del arcángel San Gabriel, más conocido como el "Ángel de cabellos dorados".

IGOR.- Esa no es una pintura es un icono.

PAVEL.- Los iconos son pinturas, ignorante.

IGOR.- Son más que pinturas. Todo el mundo lo sabe.

PAVEL.- Comenzaremos con San Gabriel.

IGOR.- *(Muy nervioso)* San Gabriel, no, no. He dicho que no.

SONIA.- *(Molesta)* ¡Ya basta! ¡Basta! Me agotáis. Si seguís discutiendo no iremos a ningún lado. Parecéis niños de colegio. *(Pausa)* Querido, Pavel, muéstranos lo que tú quieras, pero que sea pronto. No te olvides que tengo que regresar al Comité antes de que amanezca. Y usted, Igor, límitese a acompañarnos y no abra más la boca.

IGOR.- No me hable así, no se olvide que soy el comisa...

SONIA.- ¡Cállese, hombre! ¡Me tiene harta! ¡No vuelva a abrir la boca, le he dicho!

PAVEL.- Mi querida Sonia te suplico que no trates así a Igor. Es bruto pero buena persona. Deja que diga lo que quiera.

SONIA.- No te entiendo, Pavel. No sé cómo puedes defender a este... a este...

PAVEL.- ¿A este bruto? Pues sí, Sonia, tengo que protegerlo. Los amigos son una especie en extinción, hay que cuidarlos como oro en paño, ah... y aguantarlos. Sí, aguantarlos.

IGOR.- Gracias, Pavel.

PAVEL.- De nada, Igor, de nada.

SONIA.- Vale, vale. Lo siento, pero terminemos esto de una vez. Si seguís peleando me marcho inmediatamente.

PAVEL.- De acuerdo. No más peleas, Igor.

IGOR.- No más peleas, Pavel.

PAVEL.- Muy bien, muy bien. Entonces pasaremos también por alto los iconos e iremos directamente a ver mis pintores preferidos.

IGOR Y SONIA.- De acuerdo, de acuerdo.

PAVEL.- Comenzaremos con el español Velázquez. Venid por aquí, seguidme. Para aprovechar el recorrido les hablaré algo del Hermitage (*Pavel va adelante recorriendo salas, gesticulando y hablando con su habitual grandilocuencia sobre el edificio. Lo*

siguen a unos cuantos pasos Igor y Sonia) Este museo fue el Palacio de Invierno de los zares. Fue construido por el arquitecto italiano Bartolomé Rastrelli y se terminó el año... (Pavel sigue hablando por su cuenta, no se oye bien lo que dice. Él no presta atención a los diálogos entre Igor y Sonia)

IGOR.- *(A Sonia, en voz baja)* ¿Usted cree que veremos las pinturas?

SONIA.- No lo sé, no lo sé.

IGOR.- Camarada, ¿cómo que no lo sabe? Aquí no queda ninguna pintura.

SONIA.- Ya lo sé, ya lo sé.

IGOR.- ¿Entonces...?

SONIA.- Quiero ver lo que hace mi marido.

IGOR.- Ah... ya entiendo. Usted quiere ver si su marido está loco de verdad.

SONIA.- No estoy tan segura de que esté loco, camarada. Dice cosas muy coherentes.

IGOR.- ¿Pero cómo vamos a ver los cuadros si no están, camarada?

SONIA.- Hable más bajo.

IGOR.- Esto es increíble, creo que usted está también loca.

SONIA.- Posiblemente, pero en todo caso será porque estoy loca por mi marido.

PAVEL.- *(Con su acostumbrada grandilocuencia)* Bueno, queridos visitantes, llegamos a la primera sala que vamos a visitar hoy. Como podéis ver está dedicada a la pintura española, principalmente al pintor Diego Velázquez. Velázquez nació en 1599 y murió en 1660. Su fama como retratista fue bien merecida. Pintó a reyes, papas y a poderosos de su tiempo. También pintó a borrachos, mendigos y deformes. En todos sus retratos consiguió mostrar que detrás de las características físicas del personaje estaba un ser que podía amar, odiar, desconfiar, herir o burlarse de sí mismo. En suma, mostró un ser humano con las flaquezas y virtudes propias de nuestra raza. Aquí os mostraré un ejemplo de su magnífico arte. *(Aclarándose la garganta)* Ejem, ejem... es un privilegio para el Hermitage poseer el retrato del Conde Duque de Olivares. Fue pintado alrededor de 1630 cuando Olivares era el hombre fuerte de España y España era uno de los países más poderosos del mundo. Prestad atención amigos a la austeridad del retrato... *(Pavel sigue hablando como si mostrara un cuadro colgado en la pared sin prestar atención a sus invitados. Mientras Pavel gesticula y habla sin que se le escuche claramente lo que dice, Sonia le presta mucha atención e Igor mueve negativamente la cabeza)*

IGOR.- *(A Sonia, en voz baja)* Yo no veo nada, ¿y usted?

SONIA.- Déjeme escuchar la explicación.

IGOR.- Sonia, Sonia, ¿ya se convenció? Su marido ha perdido la razón.

SONIA.- *(Mirando la pared que señala Pavel)* Hum, hum.

IGOR.- Sonia, este hombre está loco. Yo no veo nada. Y usted tampoco. ¿Verdad que no ve usted nada? ¿Verdad? ¿Verdad?

SONIA.- *(Sin quitar la mirada de la pared)* No sea impertinente, camarada.

IGOR.- Dígame la verdad, Sonia. ¿Ve usted algo? ¿Ve usted algo, Sonia?

SONIA.- Qué pesado es usted, Igor.

PAVEL.- *(Siguiendo su explicación)* ...sorprende, claro está, que Velázquez haya retratado a este hombre rico e inmensamente poderoso con un austero ropaje negro sin encajes ni adornos. Quizá fueron razones de Estado las que prevalecieron. Sin embargo, la oscuridad y sobriedad del atuendo armoniza con el color oscuro de su cabello y su barba, y al mismo tiempo hace más luminosas y evidentes las facciones de su rostro *(continúa hablando sin que se le escuche)*

IGOR.- Sonia, Sonia, ¿qué es lo que mira? ¿Qué es lo que mira?

PAVEL.- *(Siguiendo su explicación)* ...nuestra primera impresión es la de un hombre afable, comprensivo; quizá hasta tierno. Podría ser el retrato de un buen padre de familia *(Continúa hablando sin que se le escuche. En ese momento Sonia se estremece, cree haber visto un flash del retrato en la pared, que efectivamente aparece proyectado)*

IGOR.- ¿Ha visto algo Sonia? Sonia, Sonia, respóndame.

SONIA.- *Sin quitar la mirada de la pared, le hace un gesto con la mano a Igor de que la deje en paz.*

PAVEL.- *(Siguiendo su explicación) ...pero si os fijáis bien podéis ver que atrás de su sonrisa y dulce expresión, está la mirada de un hombre que puede ser duro, quizá cruel, indudablemente reservado. En suma: alguien que no merece confianza. Inteligente, sí; sagaz también; pero más que todo astuto y peligroso; peligroso hasta el extremo de perverso. Efectivamente, el maestro Velázquez, no se dejó engañar por las apariencias y nos mostró la verdadera personalidad del Conde de Olivares. (Pausa) Concentrad nuevamente vuestra atención en su mirada, solamente en su mirada, veréis que (continúa hablando sin que se le escuche) (Sonia nuevamente se estremece, ha visto unos ojos que se proyectan en la pared por un período breve pero mayor que la anterior aparición)*

IGOR.- Sonia, Sonia, ¿qué le pasa?

PAVEL.- *(Terminando su explicación y volviéndose a sus invitados)*
Sí, queridos amigos, este retrato fue uno de los mayores logros del maestro Velázquez. Es sencillamente magnífico. *(Pausa)* ¿Les gustó?

IGOR.- Yo no vi nada.

PAVEL.- ¿Nada, nada?

IGOR.- Nada.

PAVEL.- Quizá te está fallando la vista, querido comisario. Es la edad. Pero no te preocupes, cuando termine el asedio te llevaremos a que te hagan unas buenas gafas.

IGOR.- Veo muy bien, Pavel. En esta pared no hay nada.

PAVEL.- No te alarmes, Igor, cuando tengas lo que necesitas verás todo de otra manera. *(Pausa)* Y a ti, Sonia, ¿qué te pareció el cuadro?

SONIA.- Lo que más me gustó fue la manera cómo explicaste la expresión de la mirada. Efectivamente, hay algo de perverso en ella.

IGOR.- Pero camarada Sonia no me diga que usted ha...

PAVEL.- Ay, Igor, Igor, necesitas gafas.

IGOR.- Qué gafas ni qué gafas. Los que necesitan un poco de cordura sois vosotros.

PAVEL.- Tu ceguera se arregla con unas buenas gafas. ¿Sabes, exigente guardián, que hubo un artista famoso que pintó estupendos cuadros estando casi ciego?

IGOR.- Eso ya lo he escuchado pero nunca lo he creído. No te olvides de que he sido vigilante toda mi vida y he oído miles de explicaciones fantasiosas. No creo que un ciego pueda pintar.

SONIA.- Yo tampoco.

IGOR.- ¡Finalmente, Sonia!

PAVEL.- Pues eso le pasó a Monet. A mi gusto sus mejores cuadros los pintó estando ciego.

SONIA.- No puede ser, cariño.

IGOR.- No somos tan brutos, Pavel.

PAVEL.- Lo juro, está en los libros. Si Bethoveen compuso su novena sinfonía estando sordo, ¿por qué Monet no podría pintar estando ciego?

IGOR.- Pues porque no.

PAVEL.- Vayamos a ver los cuadros que pintó ciego, ¿qué les parece?

SONIA.- Me encantaría.

IGOR.- Nos vas a llevar de un lado a otro para no ver nada. Además ya conozco de memoria sus cuadros.

PAVEL.- *(A Sonia)* ¿No te dije? Así como lo ves sabe mucho de pintura. *(A Igor)* Haz un esfuerzo, hombre, vamos a ver a Monet, fíjate que tiene un significado muy grande para nosotros. Sus mejores pinturas las hizo mientras Francia luchaba contra Alemania en la Primera Guerra Mundial.

SONIA.- Cuéntame, eso, cariño.

(Comienza a escucharse nuevamente lejanos cañonazos, que no pararán hasta el final de esta escena)

PAVEL.- Sí, estando viejo y con cataratas Monet peleó por su país encerrándose a pintar una obra inmensa para regalarla a

sus compatriotas cuando Francia triunfara. *(Pausa)* Lo que pintó fue maravilloso, realizó una sinfonía deslumbrante de colores que muestra nenúfares y lirios en un enjambre apacible de estanques sobre los que se deslizan plantas colgantes. Hizo un himno maravilloso a la paz. *(Pausa)* Su empeño era apreciado por sus compatriotas; así, en medio del sufrimiento y el dolor de la guerra, todos estuvieron pendientes del progreso de su obra. Hasta el presidente Clemenceau iba a visitarlo corriendo grandes riesgos. *(Mientras hablaba las paredes mostraban algunas pinturas de Monet por breve momentos, Sonia las veía embelesada e Igor no daba crédito al hecho y se frotaba los ojos)* Bueno, ¿se animan a ir a ver a Monet?

IGOR.- *(Todavía desconcertado)* No, no, además yo... yo...

PAVEL.- ¿Estás cansado? Si quieres vamos más tarde.

IGOR.- Sí, mejor después.

PAVEL.- Tienes razón, no sé porque hablé de Monet, está lejos y tu pierna...

IGOR.- No te preocupes por mi pierna. Yo también puedo caminar hasta los Urales.

SONIA.- Querido, Pavel, la historia de Monet es preciosa, creo que deberíamos divulgarla entre nuestros camaradas. Ayudaría a mantener nuestro espíritu de resistencia. Además esos colores maravillosos son tan optimistas, tan llenos de esperanza y vida.

IGOR.- ¿No me diga que los ha visto ahora? Monet está en el segundo piso.

PAVEL.- Es verdad, Monet está arriba. Creo que antes podríamos ver a otros pintores. La siguiente sala es la de Rembrandt.

SONIA.- De acuerdo, vamos a la sala de Rembrandt si quieres, pero no te olvides de llevarnos a ver a Monet esta noche.

IGOR.- ¿Tenemos que ver a Rembrandt? Estuve seis años en su sala.

PAVEL.- Rembrandt es un pintor que uno nunca se cansa de ver.

SONIA.- Estupendo, llévanos.

(Pavel va adelante seguido de los otros)

IGOR.- *(A Sonia)* Camarada, camarada. ¿Ha visto allí las pinturas de Monet?

SONIA.- ¿Y usted?

IGOR.- Confieso, que su marido me ha confundido. No sé, no sé.

SONIA.- ¿Qué es lo que no sabe, comisario? *(A Pavel, que se detiene bruscamente llevándose las manos al pecho)* Cariño, cariño. ¿Qué te pasa, qué te pasa?

PAVEL.- Un momento, un momento. Uff, esperemos un momento. *(Pausa)* Un momento... *(Igor le acerca un cajón para que se siente)*

SONIA.- Creo que debemos dejar la visita. Ganaste querido, tienes razón, tus pinturas siguen aquí.

PAVEL.- Uff, uff. Cariño creo que ya se me pasó. Este atoro se ha ido rápido. *(Respira varias veces profundamente)* Sí, efectivamente, ya se me está pasando, ya se me está pasando.

IGOR.- Dejemos esto, Pavel.

PAVEL.- No, no.

IGOR.- Vamos, dejemos la visita. Sonia tiene razón, nos convenciste. Yo también vi el cuadro de Velázquez.

PAVEL.- Los tontos no saben mentir, Igor.

IGOR.- Te lo juro, lo he visto. También he visto los cuadros de Monet, ¿no es así, Sonia?

PAVEL.- Monet está arriba, idiota.

IGOR.- Sí, pero los he visto aquí. Alguien los debe haber bajado.

PAVEL.- (*Incorporándose*) Qué absurdo eres Igor, ahora quieres hacerme creer que ves más cosas que yo. (*Pausa*) Ya estoy bien, muy bien. Vamos a ver a Rembrandt. Abre bien los ojos, Igor, y no me vuelvas a mentir. No se miente a los amigos. Prométemelo.

IGOR.- Te lo prometo, Pavel.

PAVEL.- Igor, si no ves nada me lo dices. No me molestaré. (*A Sonia*) Y esto va también por ti, cariño. Dime la verdad, no quiero morir dudando de ti.

SONIA.- No me hables de morir, querido Pavel. Vamos a ver tus Rembrandt.

PAVEL.- (*Entrando a un salón contiguo*) Aquí tenemos 24 maravillosas pinturas de Rembrandt, mi favorita es la de Dánae. Venid por aquí (*recorre una corta distancia y se acerca a una pared*) Miradla con atención.

IGOR.- (*Está a unos pocos pasos de Pavel*) Allí no es. Está aquí, frente a mí.

PAVEL.- ¿Cóoomo...?

IGOR.- ¿Estás ciego? Dánae no está allí, esta aquí.

PAVEL.- ¿Qué importa un poquito más allá o más acá?

IGOR.- Sí importa. Si quieres dar una visita guiada, la tienes que hacer bien. El sitio de Dánae siempre ha sido este. A dos

metros de la puerta, junto a la silla del vigilante. Este es su sitio. Este y ningún otro.

PAVEL.- Qué exagerado eres, da igual.

SONIA.- (*Irritada*) Por favor no comencéis nuevamente vuestro juego. (*A Pavel*) Por favor cariño, muévete a donde te indica Igor Igorovich y comienza.

PAVEL.- (*Se acerca un poco a Igor*) ¿Aquí está bien?

IGOR.- Pues no, allí tampoco. Dánae está exactamente frente a mí.

PAVEL.- (*Acercándose al sitio que le indica Igor*) Vale, vale. ¿Estás ahora satisfecho? Bien. Como decía, Dánae es mi Rembrandt favorito. Está basado en una historia muy interesante.

IGOR.- Puedes pasar por alto la historia, ya la conocemos.

PAVEL.- ¿No me digas? A ver cuéntamela.

IGOR.- ¿Yo? Vamos hombre, la sé pero no quiero aburrir a la camarada Sonia.

SONIA.- A mí no me molestaría. Cuéntela, camarada Igor, de este modo me refresca la memoria.

PAVEL.- Cuéntala, comisario, o calla para siempre.

IGOR.- ¿Crees que me intimidas, eh? Pues os la voy a contar. Coge con cuidado mi fusil, que no se te dispare. (*Igor entrega el fusil a Pavel y la lámpara a Sonia, luego toma la postura del guía e imita su grandilocuencia*) Ejem, ejem... estimados amigos, el museo Hermitage tiene el orgullo de tener entre su valiosa colección uno de los cuadros más representativos del pintor holandés Hamerzonn Van Rijn, más conocido como Rembrandt. Esta pintura está basada en una historia de la mitología. Resulta que el rey de Argos fue prevenido por el oráculo de que su hija Dánae tendría un hijo que lo mataría. Temeroso de esta profecía, el rey encerró a su bella hija en un oscuro cuarto bajo la más estricta vigilancia. Salvo su vieja sirvienta nadie estaba autorizado a verla. Sin embargo, todas estas medidas no fueron suficientes para impedir que el todopoderoso Zeus, conociendo la belleza de Dánae, deseara poseerla. Es así como el astuto y enamorado dios decide entrar dentro de los inexpugnables aposentos transformado en una lluvia de oro. Otros célebres artistas, como Tiziano, pintaron la misma historia. En el caso de Tiziano, Zeus se convirtió en una lluvia de monedas de oro para sobornar a la criada y embelesar a la joven. Cien años más tarde un pintor sueco llamado Ulrik Wertmüller pintó una Dánae tan... tan... digamos erótica que la paseó por Estados Unidos cobrando por verla ya que ningún museo se atrevía a exhibirla. La pintura de Rembrandt, como apreciaréis en un momento, es más romántica y sutil. (*Haciendo una gran reverencia*) Estimados camaradas tengo el honor de presentarles a la Dánae de Rembrandt (*A Pavel*) Bueno, tú puedes continuar...

PAVEL Y SONIA.- (*Aplaudiendo*) Bravo, bravo, qué bien, Igor, enhorabuena.

SONIA.- Francamente me ha dejado sorprendida, camarada Igor Igorovich. No me imaginaba que tuviera usted dotes histriónicas.

PAVEL.- Siempre sospeché que eras un gran hipócrita, Igor. Un maldito hipócrita.

IGOR.- Nada de eso, lo que pasa es que como vigilante me he tenido que soplar muchos años tus explicaciones. Vamos, dame mi fusil.

PAVEL.- Realmente eres estupendo, sí señor. Un gran mentiroso.

IGOR.- Mentiroso no. Yo no miento, salvo en casos de fuerza mayor.

PAVEL.- ¿Cómo cuando me dijiste que habías visto el cuadro de Velázquez?

IGOR.- Es un buen ejemplo de “caso de fuerza mayor”, gracias. La verdad es que no hay ningún cuadro en las paredes, Pavel.

PAVEL.- ¿Ni siquiera este de la Dánae?

IGOR.- Si quieres que no mienta te diré que aquí no está la Dánae ni ningún otro cuadro.

PAVEL.- Agudiza tu vista, cegatón, y quédate callado mientras lo describo. (A Sonia) ¿Te gustaría que te explique el cuadro, cariño?

SONIA.- Por supuesto, querido. Estoy ansiosa.

PAVEL.- Como véis, aquí está Dánae. La bella Dánae, joven, virgen, dulce, pero a la vez sensual, es casi voluptuosa. ¿En vuestra opinión, parece un poco subida de peso? Pues sí, Dánae es una joven opulenta y hermosa, como los patronos de belleza femenina indicaban en ese entonces. Pero, atención, nuestra Dánae está lejos de ser una obesa celulítica como las Gracias de Rubens. Mirad bien, ella luce unos muslos y brazos firmes y sensuales. Sus pequeños, turgentes y juveniles senos son característicos de la nulípara que, además, no ha conocido todavía lo que es el amancebamiento. ¿Qué hace desnuda en la cama? Evidentemente no piensa dormir ni descansar. Fijaos que está peinada coquetamente como si fuera a una fiesta. Sus únicas prendas son las preciosas pulseras de perlas y corales, recuerdos del origen náutico de Venus. (Durante la explicación Sonia comienza a ver la proyección del cuadro, mientras que Igor mira al suelo, al techo, como si quisiera demostrar que no está interesado) (A Igor) ¿Lo estás viendo, comisario de pacotilla?

IGOR.- ¿Ver qué? ¿Que tienes embobada a tu mujer? Mira, qué gracioso.

SONIA.- Sigue, por favor Pavel. No te preocupes de Igor. Sigue, te quedaste en que “sus pulseras de perlas y corales evocan el origen náutico de Venus”.

PAVEL.- Es que Igor no está cooperando.

SONIA.- Hazlo por mí, Pavel, sigue por favor: “sus pulseras evocan a Venus”. ¿Qué más, qué más?

PAVEL.- *(A Igor)* Allá tú, comisario. *(Retomando su postura)* Concentremos nuestra atención en la pose. Dánae yace recostada mullidamente en su cama haciendo sitio para el inminente arribo de su amante. Todo en ella es invitación, podemos hasta oler los perfumes exóticos que se ha puesto.

IGOR.- *(Da un zapatazo)* ¡Perfumes! ¡Qué exagerado!, cómo puedes decir eso.

PAVEL.- Mira bien, Igor Igorovich. Observa este cuarto lleno de mullidas alfombras orientales y recargadas cortinas. Fíjate en las preciosas zapatillas, sin duda persas, que las prisas del deseo han dejado mal colocadas sobre el tapete. *(Igor comienza a ver el cuadro en la pared)* Todo es exótico en aquella habitación. La penumbra intimista del ambiente invita a lo libidinoso, lo prohibido, lo erótico. En suma, las sombras provocan y estimulan la concupiscencia. Y es en este preciso instante que llega la lluvia de oro, ese haz de luz dorado en que se ha convertido Zeus. Dánae alza su deseosa mano hacia él, está impaciente, no puede esperarlo más, quiere acortar las distancias. Mirad cómo a su cabecera un cupido travieso e implacable observa delirante la escena. La Dánae

de Rembrandt no es la historia de la violación perpetrada por un dios inescrupuloso y sagaz. Al contrario, es el encuentro amoroso largamente esperado que nos conmueve por su romanticismo y ternura, esa envoltura indispensable en toda unión sexual.

SONIA.- Preciosa explicación, Pavel. Gracias, gracias. Es un cuadro precioso.

IGOR.- No has terminado tu trabajo, ¿y la vieja?

PAVEL.- Tienes razón, disculpa. No sé cómo he podido olvidarme de tu colega. Ejem... ejem.. atrás de la cortina podéis ver que aparece la vieja guardiana, lleva un gran e inútil manojito de llaves. Está paralizada, inmóvil, sin expresión alguna, quizá Zeus la ha inmovilizado. En todo caso la mujer será testigo mudo del feliz acontecimiento. ¿Satisfecho, Igor Igorovich?

IGOR.- No está mal, Pavel Filipovich. No está mal.

PAVEL.- Luego admites que has visto el cuadro.

SONIA.- (*Interrumpiendo*) Cariño, creo que lo que haces merece reabrir el museo. Sugeriré al Comité de Defensa enviar todas las noches a grupos de camaradas para que tú puedas dar las visitas que mejor te parezcan.

IGOR.- No es posible, camarada. No tenemos guardarropas, las taquillas están cerradas, no funcionan los servicios. Oiga, no tenemos ni luz.

SONIA.- Como diría mi marido, esos son detalles sin importancia. Si el Comité ordena que se abra el museo usted tendrá que abrirlo. ¿Qué opinas, querido mío? (*Silencio*)

PAVEL.- (*Medita, camina, nervioso, da vueltas a sí mismo*)

SONIA.- ¿Qué es lo que te pasa, cariño? ¿No estás contento? Vendrá gente de verdad, gente de carne y hueso.

PAVEL.- ¿Gente de verdad?

SONIA.- Sí, gente de carne y hueso.

PAVEL.- ¿Y tú quieres que yo les haga una visita guiada a esa gente?

SONIA.- Sí, una visita como la que nos has hecho a nosotros.

PAVEL.- No sé, no sé. Tú e Igor sois de confianza, sois como parte mía

IGOR.- Pavel, no pongas dificultades, has estado dando visitas guiadas a gente que veías sólo tú.

SONIA.- Efectivamente, ¿acaso al llegar esta noche no te vi despidiéndote de un grupo de visitantes? Bueno, lo único que tienes que hacer es dar la misma visita a la gente que te envíe el Comité.

PAVEL.- *(Nervioso, se revuelve sobre sí mismo. Silencio)* Esos visitantes... esos visitantes eran... No, no es igual, aquellos eran mis... bueno, lo que me pides es otra cosa.

SONIA.- Querido Pavel, no te comprendo.

PAVEL.- No me sorprende que no me entiendas. Yo tampoco me comprendo, pero eso es normal, nunca he hecho un esfuerzo serio para comprenderme.

SONIA.- Vamos Pavel, ánimo. Vendrá mucha gente.

IGOR.- Este hombre es muy raro, Sonia. Muy raro.

PAVEL.- Todos somos raros y complejos hasta tú, Igor. Hasta tú, simplón inconmensurable.

SONIA.- ¿Quizá no quieres dar las visitas porque crees que no estás bien de salud?

PAVEL.- Mi salud puede aguantar.

SONIA.- Entonces, Pavel, ¿qué es lo que te pasa? ¿No te das cuenta de que animarías a muchos camaradas de este infame asedio? Al Comité no le quedan ideas para mantener en alto la moral de los compatriotas. Todos debemos cooperar.

IGOR.- Cuente conmigo, camarada Sonia. Yo recibiré en las mejores condiciones a todos los que el Comité de Defensa envíe.

SONIA.- Gracias, Igor Igorovich, es usted un ciudadano ejemplar. *(A Pavel)* Bueno, cariño, ¿podemos contar contigo?

PAVEL.- *(Camina nervioso en círculos)* Creo que no me entendéis, no me entendéis.

SONIA.- *(Con firmeza)* Me exasperas, Pavel. *(Silencio)* Lo siento mucho, pero no es tiempo para paños tibios. Tú tienes una misión, eres el guía del Hermitage, y tendrás que hacer lo que el Comité te ordene.

PAVEL.- Con que esas tenemos, ¿eh?

SONIA.- No quisiera llegar a esto, cariño, pero Leningrado está por encima de todo. Por encima de todo. Tú has demostrado que puedes dar visitas guiadas del museo y las darás si el Comité lo ordena.

PAVEL.- *(Pausa)* O sea que no es definitivo, luego es posible que el Comité no lo apruebe.

SONIA.- Es posible, pero no probable. No creo que se opongan a mi recomendación, Pavel.

PAVEL.- Vaya, vaya. ¿Y si me enfermase?

SONIA.- Ya me has mostrado que te recuperas rápido, cariño. *(Los bombazos se oyen cercanos)* No se hable más *(mira la hora)* Tengo que irme corriendo, cuídate amor mío. Vendré pronto con noticias.

PAVEL.- Ten cuidado, Sonia, ten mucho cuidado.

***Cuando Sonia besa a su marido para despedirse se hace
oscuro.***

3

Mismo escenario que 1. Pavel está reclinado sobre su camastro. Remoja y exprime un pañuelo en un recipiente con agua (que está sobre el cajón que hace de mesa de noche) y se lo pone en la frente. Igor prepara una infusión en la estufa. Se oyen espaciados y lejanos cañonazos.

IGOR.- Esta infusión te ayudará. *(Silencio)* ¿Te sientes mejor? *(Pausa)* ¿Un poco mejor? *(Silencio)* Debes estar muy mal para no hablar.

PAVEL.- Creo que me voy de este mundo, querido Igor. Comienzo a sentir ese frío que de tanto esperarlo me es ya familiar.

IGOR.- *(Deja la preparación de la infusión y cubre las piernas de Pavel con unas mantas que toma de su camastro)* Vamos, abrígate con esto. Ya se te pasará en cuanto tomes tu infusión. *(Regresa a cuidar la infusión)*

PAVEL.- Para este viaje no hay infusiones ni pócimas milagrosas que valgan. *(En voz alta)* No te tengo miedo, muerte amiga. *(Arroja las mantas, se levanta, habla delirando)* Llévame contigo pero hazlo pronto. No te entretengas con un defensor de Leningrado, yo tomaré su lugar. Estoy listo. Estoy más que listo, estoy atrasado. Eso sí, no me mezcles con los alemanes. Que ellos se vayan con sus valquirias, a mí llévame con gente

amiga, con pintores, con escultores, llévame con Monet, con Velázquez, llévame con Repin, o con el loco de Van Gogh o el sordo de Goya. Llévame con Rodin, con Miguel Ángel. Quiero por fin hablar con Leonardo y con Rafael, quiero divertirme con Renoir y Pissarro. Al fin y al cabo, vieja amiga, tú eres sabia, llévame con quien quieras. No importa que estén en el mismísimo infierno, allí iré. Claro que prefiero ir al paraíso para seguir sirviendo a mis artistas preferidos. *(Pausa)* ¡Qué esperas vieja sorda! ¡Qué esperas! ¡Con quién te entretienes!, aquí está tu antiguo camarada, tu casi amante *(Cae exhausto)*

IGOR.- *(Con esfuerzos lleva a Pavel nuevamente al camastro, donde lo sienta y arropa)* Pavel, Pavel, tranquilízate, cálmate. Qué haré sin ti, amigo, no me puedes dejar sólo. *(Va a la estufa y le trae la infusión)* Bebe un poco, te hará bien. Bebe un poco, así, un sorbo más. Pavel, un sorbo más. ¿Te duele la cabeza? *(Pavel niega con la cabeza)* ¿Te ha vuelto la taquicardia? *(Él niega)* ¿El corazón? *(Él niega)*

PAVEL.- *(Débil)* ¿Sabes Igor? Es algo peor, tengo una opresión en el pecho. Creo que es el último esfuerzo que hace este decrepito cuerpo para seguir asfixiando mi espíritu. Maldita carcasa no me sujetes más, déjame en libertad.

IGOR.- Creo que tienes un poco de fiebre, eso es todo.

PAVEL.- Igor, amigo mío. Esta inminente partida me ha abierto los ojos.

IGOR.- No hay nada nuevo que ver, Pavel, todo sigue igual. Hemos resistido a los alemanes cerca de dos años y tenemos fuerzas para mucho más. En todo caso deberías estar contento,

Sonia vendrá con buenas noticias y tú podrás volver a dar tus visitas guiadas, pero visitas de verdad.

PAVEL.- Precisamente eso es lo que me mata, Igor. Ya no puedo ser guía de nadie en esta miserable tierra.

IGOR.- Ahora, no, claro está. Esperaremos a que te recuperes.

PAVEL.- A ver, querido imbécil, haz un esfuerzo. El problema no es mi salud, el problema es que... es que... Mira, las ilusiones o fantasías no se pueden compartir, son propiedad privada diga lo que diga Stalin.

IGOR.- ¡No te metas con Stalin, Pavel Filipovich!

PAVEL.- Ay, qué bestia eres. Lo que te digo es que las ilusiones y fantasías existen sólo para uno. Ahora que estoy de salida me doy cuenta de que las ilusiones se van contigo mientras la realidad del mundo sigue inmovible.

IGOR.- ¿Pero no me dijiste que realidad, ilusión, fantasía, son sinónimos?

PAVEL.- Y te lo confirmo, son sinónimos, pero para cada uno de nosotros. Hay cosas que no se pueden ni deben compartir. ¿Lo entiendes? (*Pausa*) Todos tenemos fantasías, incluso tú, Igor.

IGOR.- ¿Yo, fantasías?

PAVEL.- Sí, tú, materialista de pacotilla, tú tienes ilusiones, sueños, fantasías, que a pesar de nuestra vieja amistad y gran confianza nunca me has contado.

IGOR.- Tú sabes todo lo que me pasa.

PAVEL.- Sí, pero me callo muchas cosas, no te las digo. Hago como si no las supiera.

IGOR.- Termina tu infusión.

PAVEL.- Es un asco. ¿De qué es?

IGOR.- *(Riéndose)* Yerbas del cielo.

PAVEL.- El cielo debe estar pudriéndose, Igor. Quizá una infusión del infierno me sentaría mejor. *(Pausa)* Escucha, amable cuidador, no puedo ser guía porque no puedo compartir mi realidad. La gente que venga no verá los cuadros.

IGOR.- Los verá, igual que yo.

PAVEL.- *(Silencio)* ¿Me perdonarás, mi querido amigo, si te hago una cruel pregunta personal? No lo haré para ofenderte, sino para que comprendas mi situación.

IGOR.- Pregunta lo que quieras, siempre serás mi amigo.

PAVEL.- Que conste que me has dado tu autorización.

IGOR.- Que conste.

PAVEL.- Pues bien, allá va: ¿no es verdad que tú hablas con tu hijo creyendo que está vivo en esa trinchera del Almirantazgo?
(Silencio) Admite, ¿sí o no?

IGOR.- Más que cruel, eres un desalmado. No me lo esperaba de ti.

PAVEL.- Lo siento mucho, pero tú me autorizaste la pregunta. *(Silencio)* Las ilusiones y las realidades son personales, mi querido Igor. Pero no te resientas con un moribundo que está a punto de acompañar a tu hijo Dimitri. *(Pausa)* Quiero pedirte que me hagas el honor de poner mi cadáver en su trinchera y en la próxima primavera, cuando se hayan ido los alemanes, nos llevas al cementerio antes de que nos descongelemos. *(Silencio)* ¿Me lo prometes? ¿Me lo prometes?

IGOR.- Sí, sí, te lo prometo. *(Silencio)* Es cierto, hablo desde la ventana con mi hijo.

PAVEL.- Lo sé, lo sé, y haces bien porque mientras creas que tu hijo está vivo, estará vivo. Es más, yo creo que te escucha.

IGOR.- ¿De verdad, Pavel, crees que me escucha?

PAVEL.- Como que dos y dos son cuatro.

IGOR.- Entonces hay realidades, fantasías e ilusiones que se pueden compartir.

PAVEL.- Claro, entre amigos se puede compartir todo, sueños sobretodo.

IGOR.- ¿Y por qué, entonces, no puedes mostrar tus cuadros a los camaradas que envía el Comité?

PAVEL.- *(Pausa)* Buena pregunta, Igor, buena pregunta. Al final va a resultar que eres inteligentísimo. A ver, déjame ver.

(Pausa) Tu pregunta me ha quitado la fiebre. Veamos... veamos... *(Pausa)* No puedo dar las visitas guiadas porque nuestros camaradas saben que nos llevamos todos los cuadros. Eso es, ellos saben que no están aquí y se burlarán de mí, creerán que los engaño, que soy un payaso, un payaso que ha perdido la gracia. Será patético, Igor, patético. *(Pavel se lleva la mano al pecho)*

IGOR.- ¿Otra taquicardia? *(Pavel niega)* ¿Dolor en el pecho? *(Pavel asiente, se retuerce de dolor)* ¿Es fuerte? *(Pavel asiente)* ¿Muy fuerte? *(Pavel asiente)* ¡Ojalá estuviera aquí tu mujer! Bueno, siéntate, así, muy bien, ahora respira profundamente y exhala despacio, muy despacio, bien, muy bien. *(Parece que el dolor va desapareciendo poco a poco. Pavel hace un gesto con la mano para que Igor lo deje tranquilo y se recuesta en el camastro)* ¿Te sientes mal? *(Pavel asiente)* ¿Muy mal? *(Pavel asiente)* ¿Tan mal como para morirte? *(Pavel asiente)* ¿No me engañas, verdad? *(Pavel niega con la cabeza)* Bien, antes de que te vayas quiero mostrarte algo que va a hacer feliz tu viaje. *(Igor saca debajo de su camastro un cuadro envuelto en tela)* ¿Sabes qué es esto? *(Pavel niega con la cabeza)* Adivina, vamos, adivina.

PAVEL.- *(Volteándose hacia otro lado)* Maldito comunista, quieres que me muera mirando a Stalin. Pues no lo quiero, maldita falta que me hace.

IGOR.- No es la fotografía de Stalin. Trata de nuevo, ¿qué es?

PAVEL.- *(Pausa. Incorporándose)* ¡No me digas que has ocultado un cuadro!

IGOR.- Pues sí, *(quitando la tela)* aquí tienes al “Ángel de cabellos dorados”.

PAVEL.- ¡Bestia, más qué bestia! ¡Qué has hecho!

IGOR.- Lo cambié por Stalin. Sabía que necesitaríamos al ángel aquí.

PAVEL.- No lo puedo creer, no lo puedo creer. Mereces que te fusilen. Tendré que denunciarte. ¿Tú sabes el valor de este cuadro?

IGOR.- Para ti y para mí, mucho.

PAVEL.- Este cuadro debería estar ahora en los Urales.

IGOR.- Este cuadro hace milagros.

PAVEL.- Qué milagros, ni qué milagros. ¡Has cometido un crimen, animal, salvaje, bestia, ignorante!

IGOR.- Mira si no hace milagros, hace poco estabas agonizando y ahora te pareces al Pavel de siempre. El ángel te ha salvado.

PAVEL.- No me ha salvado, me vas a matar tú, idiota. *(Tomando el cuadro)* ¡Qué maravilla de pintura! Fíjate en sus hermosos ojos, Igor, es el icono más bello que conozco. Qué bien marcados tiene sus labios. Si existieran ángeles seguro que serían como este.

IGOR.- O sea que no me vas a denunciar, Pavel.

PAVEL.- No, claro que no, Igor, claro que no. Lo único que puedo hacer es matarte con mis propias manos, pero esperaré el momento oportuno. Déjame contemplar esta belleza.

IGOR.- Tengo más sorpresas, Pavel.

PAVEL.- Si sacas otro cuadro, te destrippo en este instante.

IGOR.- No te alarmes, no tengo más cuadros. Esperaba un milagro para fumarme el habano que hace tiempo me regaló un turista.

PAVEL.- ¿Tú, un habano? ¿Y te lo has guardado todo este tiempo?

IGOR.- Sí, juré fumarlo el día que regresase mi hijo.

PAVEL.- Entonces, guárdalo.

IGOR.- No, siento a Dimitri conmigo. Tú me has hecho sentirlo así.

PAVEL.- ¿Yo? Pues no recuerdo que te haya dicho nada sobre tu hijo. Claro que si quieres que lo fumemos en su honor, estoy dispuesto a hacerlo. Oye, ¿no tendrás un poco de vodka escondido?

IGOR.- Pues, sí. Todavía queda un poco en la botella que trajo Sonia.

PAVEL.- Vamos, venga el vodka, venga el puro. ¡Viva el Ángel de cabellos dorados!

IGOR.- ¡Que viva! y que viva mi hijo Dimitri.

PAVEL.- Que viva por todos los siglos de los siglos, amen.

Igor y Pavel comparten el puro y beben el vodka, riéndose y bailando. En medio del jolgorio se oyen golpes en la puerta pequeña que al comienzo ellos no escuchan. Luego se oye la voz de Sonia pidiendo que le abran. Nerviosos Igor y Pavel envuelven el cuadro y lo colocan bajo el camastro de Igor. También airean con la mano y soplan el humo del tabaco para limpiar el ambiente. Pavel se recuesta en el camastro. Igor abre la puerta.

SONIA.- ¿Por qué se demora siglos para abrir, camarada Igor?
(*Olfateando el ambiente*) ¿Qué es lo que huele así? ¿Qué es lo que han estado haciendo ustedes? ¿Estás bien, cariño mío?
(*Se acerca al camastro y lo besa*) ¿Has estado fumando, Pavel? ¡Qué locura! ¡Qué locura! Hueles a tabaco y a vodka.

IGOR.- Hemos tenido una pequeña celebración, camarada Sonia.
Estábamos festejando... ¿qué es lo que festejábamos, Pavel?

PAVEL.- Festejábamos mi muerte.

SONIA.- ¿Estáis borrachos?

IGOR.- No, no, la verdad es que festejábamos mi secreto.

SONIA.- ¿Qué secreto?

IGOR.- Yo había escondido...

PAVEL.- Este idiota tenía escondido un puro que le regaló un turista y de tanto esconderlo se le había perdido. Acabamos de encontrarlo y lo hemos fumado. Esa es la verdad, ah... y tomamos el poco vodka que sobró de la botella que trajiste. Ya no queda más.

SONIA.- Camarada Igor, ¿no le da vergüenza dar tabaco a mi marido?

IGOR.- Fue para animarlo, pero ya no me quedan más habanos así que tranquilícese. *(Pausa)* La verdad es que entra usted con un genio que nos desarma, ¿no es así Pavel?

PAVEL.- ¿Qué tienes, cariño? ¿Qué pasó con las visitas?

SONIA.- Las han aprobado, el primer grupo que vendrá será el Comité de Defensa en pleno. Si todo va bien vienen dentro de dos horas.

IGOR.- Pues ya puede ir diciéndoles que no vengan. Pavel no quiere compartir sus realidades o fantasías, o llámelas usted como quiera.

SONIA.- Hoy no estoy para bromas.

PAVEL.- Igor, no sabe explicarse, querida. Hace unos minutos he estado al borde de la muerte.

SONIA.- Déjate de majaderías, amor mío. Hace unos minutos reías, fumabas, bebías.

IGOR.- Sí, camarada, pero antes de eso estuvo a punto de irse al otro lado.

SONIA.- Bueno, ya está bien. Les he dicho que vengo de muy mal humor, las cosas no van bien afuera.

PAVEL.- ¿Están cediendo nuestras defensas?

SONIA.- Felizmente no, pero ahora no sólo nos bombardean con explosivos, también lo hacen con propaganda por radio y con volantes que arrojan de sus aviones. ¿Quieren saber la última? *(Sacando un volante)* Aquí Hitler anuncia su inminente entrada en Leningrado encabezando un desfile triunfal por la Perspectiva Nevsky. Luego dice que presidirá un banquete en el Hotel Astoria donde ha ordenado el menú que incluye ganso al horno con arándanos. Ah... y servirán vinos del Rin. En fin, han dado a conocer todos los detalles de su celebración por la caída de Leningrado. Dicen que Hitler ha escogido hasta la música que tocarán durante el banquete.

PAVEL.- Wagner, seguramente.

SONIA.- No, Liszt. Léelo.

PAVEL.- *(Lee el volante)* Verdad, Liszt. El maldito monstruo debe haber tenido un ataque de sensibilidad. *(Pausa)* ¿Cómo responderemos a estos ataques?

SONIA.- Siempre se nos ocurre algo. Hasta ahora la moral es muy alta, pero se nota preocupación en la mirada de todos.

PAVEL.- Creo que te gustará ver un cuadro de Repin.

IGOR Y SONIA.- ¿Qué tiene que ver Repin en todo esto?

PAVEL.- Míralo y ya me dirás. Está en la sala de exposiciones.
Celebramos el centenario de su nacimiento.

IGOR.- ¿Qué cuadro es? Yo los he visto todos.

PAVEL.- Estoy seguro. *(A Sonia)* Tú también lo debes conocer, querida. Es el de “La carta de los Zaporogos al Sultán de Turquía”.

SONIA.- Creo que sí. Pero qué tiene que ver eso con Hitler.

PAVEL.- Sería muy bueno contraatacar la propaganda nazi pidiendo a cada habitante de Leningrado que envíe una carta a Hitler diciendo lo que piensa.

SONIA e IGOR.- Muy buena idea, Pavel, buena idea.

PAVEL.- ¿Vamos a verlo?

SONIA.- Por supuesto, refréscanos la memoria.

PAVEL.- No se hable más, en marcha. *(Coge la colilla del puro y la prende)*

SONIA.- Querido, deja eso, es malo para tu corazón.

PAVEL.- El tabaco es el lujo de los condenados a muerte, querida Sonia. No discutamos más, nos esperan los cosacos.

Igor toma una lámpara de aceite y sigue a Pavel y Sonia que caminan por imaginarios salones.

IGOR.- Habla más alto, Pavel, apenas te oigo.

PAVEL.- ¿No dices que sabes todo?

IGOR.- Me gusta oírte porque siempre cambias algo.

PAVEL.- Vale, vale. *(Con grandilocuencia e histrionismo)* Todos los siglos tienen miserables excepcionales. El indiscutible representante de la peor baja humana del siglo XX es Hitler, pero en el siglo XVIII se llevaba las palmas un hombre tan cruel como poderoso, era el Sultán de Turquía, terror de Asia y Europa. Sus dominios se extendieron hasta las puertas de Viena, se impusieron en el Mar Negro y una gran parte del Mediterráneo. Fueron dueños de Crimea, se apoderaron de Ucrania, en fin, sus crueles ejércitos no conocieron rivales, salvo los...

IGOR.- Los zaporogos.

PAVEL.- Exacto.

SONIA.- Claro, recuerdo el nombre, los zaporogos.

PAVEL.- Y esta pintura también la recordarás seguramente.
Bueno, ya llegamos.

IGOR.- No veo nada.

PAVEL.- ¿Otra vez con las mismas? Qué pesado eres, si todavía no he comenzado.

SONIA.- Comienza, Pavel, date prisa.

PAVEL.- Pues bien, como decíamos, el todopoderoso ejército del sultán había invadido toda Ucrania. Toda, salvo la fortaleza de los zaporogos que se defendía heroicamente. Estos cosacos eran hombres rudos, enormes, feroces en la lucha y tiernos en la paz. Tenían muchos defectos, bebían hasta el hartazgo, eran apasionados e irreflexivos, pero también temerarios y valientes.

IGOR.- Déjate de historias y empieza con el cuadro, vamos, empieza que no veo nada.

PAVEL.- Ejem, ejem, queridos amigos, como parte de la celebración del primer centenario del nacimiento de Ilia Repin, el Museo Hermitage tiene el alto honor de presentarles una de sus obras más representativas: “Carta de los zaporogos al Sultán de Turquía”. Como veis es un cuadro enorme para hombres enormes, este cuadro mide dos metros de alto por tres metros y medio de largo.

IGOR.- Es grande pero sigo sin ver nada.

PAVEL.- Haz un esfuerzo, Igor, aquí lo tienes. *(La pintura comienza a proyectarse lentamente en la pared)* Demos primero una mirada general a la escena. Estamos viendo una gran celebración de guerreros, ¿de qué se ríen estos fieros cosacos? Al fondo humea su fortaleza, acaban de defenderla de los turcos a quienes han derrotado. Los indomables zaporogos han luchado con valor y se han apoderado de los poderosos cañones enemigos. Probablemente es el primer fracaso otomano, sin duda es el más estruendoso. Sin embargo la guerra está lejos de haber terminado, desde Estambul el sultán los amenaza con enviar a sus invencibles jenízaros para acabar con ellos. Promete borrarlos del mapa si no se rinden inmediatamente. Lejos de atemorizarse, los zaporogos se

envalentonan y deciden enviar una carta al sultán. Mirad, mirad bien, en medio del campo ese hombre de cerquillo con papel y pluma en la mano está escribiendo sobre una tosca mesa lo que le dictan sus rudos compañeros. Viendo las caras alegres y despreocupadas de los zaporogos podemos fácilmente saber lo que están diciendo.

IGOR.- ¿Podemos leer la carta?

PAVEL.- Pues claro, fíjate en la carcajada del cosaco de pié a la derecha de la mesa.

IGOR.- Hay varios.

PAVEL.- (*Se proyecta la imagen del cosaco*) Fíjate en el más alto, aquel que lleva ese gorro blanco y exhibe su enorme pecho y voluminoso vientre.

IGOR.- ¿El que sostiene su barriga con las dos manos?

PAVEL.- Ese mismo. Ahora fíjate en el que está a su izquierda. (*Se proyecta la imagen de ese cosaco*) Mira que más que cosaco parece tártaro. Bueno, ese ya no puede más de la risa, le falta la respiración. Está al borde del colapso.

SONIA.- La verdad es que todos tienen una risa contagiosa. ¿Qué más, Pavel, qué más? Sigue, sigue.

PAVEL.- Bueno, veamos al del centro, ese que está encima del escribiente. Por su traje sabemos que es uno de los jefes, sujeta la pipa en la boca, no se ríe, pero podemos asegurar que su mente está a kilómetros de distancia. Está imaginándose

la cara del orgulloso sultán cuando lea que los zaporogos lo mandan olímpicamente a la mierda. *(Todos ríen a carcajadas)*

IGOR.- Ese otro *(Se proyecta la imagen del cosaco)* le dice al sultán que cortarán los cojones a todos los jenízaros que se atreva a enviar. *(Todos ríen a carcajadas)*

SONIA.- Y que si sigue fastidiando ellos irán a Estambul para sacarlo a patada limpia de su harén. *(Todos ríen a carcajadas)*

PAVEL.- Y lo castrarán y lo mandarán como eunuco a la corte de zar de Rusia. *(Todos ríen a carcajadas)*

SONIA.- Miren a ese que está morado de risa. *(Se proyecta la imagen del cosaco)*

IGOR.- Ese acaba de dictar al escribiente que le diga al sultán que si no quiere que los cosacos invadan Turquía que mande a sus hermanitas. Sí, que mande a sus hermanitas. *(Todos ríen a carcajadas)*

PAVEL.- Miren a ese otro...

SONIA.- Ya no puedo más, Pavel, ya no puedo más. Creo que me voy a hacer pipí aquí mismo. *(Todos ríen a carcajadas)*
Bueno, ya no más, por favor, por favor.

IGOR.- Hacía años que no me había reído tanto.

SONIA.- Ni yo.

PAVEL.- Ni tampoco yo. *(Pausa)* ¡Qué bien sienta una risa en estos tiempos!

SONIA.- Querido, muchas gracias. Estoy segura de que el Comité se alegrará al ver esta pintura. Ah..., oigan, el Comité, ya no tardará en venir. Vamos a la puerta, no podemos dejar que se congelen afuera.

IGOR.- Pero, camarada, recuerde que Pavel ha dicho que no será guía de nadie.

PAVEL.- ¿Yo he dicho eso?

IGOR.- Sí, tú. ¿No recuerdas que las ilusiones y realidades no se pueden compartir?

PAVEL.- En casos de emergencia nacional se puede y debe compartir todo.

IGOR.- No eres coherente contigo mismo, Pavel.

PAVEL.- Reconoce al menos, Igor Igorovich, que soy muy coherente con mi incoherencia.

IGOR.- Entonces, ¿vas a dar las visitas, Pavel?

PAVEL.- Por supuesto que las daré, señor comisario. Mientras no me desencarne daré todas las visitas que sean posibles.

IGOR.- Y si...

OSCURO

El mismo escenario que 1. Se abre la puerta pequeña y entran Igor y Sonia ateridos de frío. Se oyen lejanos cañonazos.

SONIA.- Gracias, Igor. Creo que escogió el mejor sitio para mi marido.

IGOR.- Desde esa trinchera podrá ver el museo que tanto amaba.

SONIA.- Es cierto. Su gran amor fue el Hermitage, yo fui su ocasional amante.

IGOR.- No diga eso, Pavel la quería mucho.

SONIA.- Sí, pero más al Hermitage. No sé qué podemos hacer sin él. Sus visitas... ¿cuántas habrá dado? Veamos: más de cuatro meses a dos o tres visitas por noche... Sí, eran muchas para cualquiera, más para él que estaba enfermo. *(Pausa)* Ahora, descansará en paz y a fin de la primavera, cuando echemos a los alemanes, lo enterraremos como merece. *(Pausa)* Bueno, Igor, tengo que irme, cuídese usted, cuídese mucho. Tenga por seguro que vendré a visitarlo cada vez que pueda.

IGOR.- Gracias, Sonia, gracias. ¿Sabe una cosa?... no... no... usted me dirá que son locuras mías.

SONIA.- Dígame, Igor, dígame lo que quiera con toda confianza.

IGOR.- Pues, no sé si debo. No, mejor déjeme pensarlo y se lo digo otro día.

SONIA.- Como usted quiera. Ahora tengo que irme rápido para cancelar las visitas. Esa pobre gente tiene que arrastrarse por zanjas y cloacas para venir aquí, no sería justo que hagan todo ese esfuerzo para nada.

IGOR.- Casualmente sobre eso quería hablarle, Sonia.

SONIA.- ¿Ah sí?, pues diga, lo escucho.

IGOR.- Es que no sé como decírselo. Me da un poco de vergüenza.

SONIA.- Vamos, hable con franqueza, como si estuviera hablando con Pavel.

IGOR.- Bueno, se lo diré, pero voltéese a la pared.

SONIA.- Verdaderamente es usted un niño, camarada.

IGOR.- Si no se voltea no se lo diré.

SONIA.- (*Volteándose*) Bueno, ¿ya está más tranquilo? Ahora dígame lo que piensa.

IGOR.- No se ría, ¿eh? Prométame que no se va a reír.

SONIA.- Se lo prometo, pero hable pronto.

IGOR.- Sabe, Sonia, sabe... Usted me dijo que no iba a reírse, ¿eh? Bueno, se lo voy a decir, Sonia... *(Pausa)* Sonia yo quisiera ser el guía del Hermitage.

SONIA.- *(Volteándose hacia Igor)* ¿Usted, camarada?

IGOR.- Sí, yo. Realmente creo que puedo dar las visitas de este museo, claro que no serán como las que daba Pavel, pero le juro que me creo capaz. Sé lo que Pavel decía palabra por palabra. *(Mostrando una libreta que extrae de su abrigo)* Mire aquí he tomado notas. ¿Quiere que se lo demuestre? Mire, *(Deja su fusil e imita la postura y la grandilocuencia de Pavel)* ejem, ejem, estimados visitantes es un honor para el Museo Estatal del Hermitage presentarles en esta ocasión...

SONIA.- No es necesario que siga, querido Igor. Sé que usted puede hacerlo, ¡claro que sí! Disculpe que no se me hubiera ocurrido antes, discúlpeme, camarada.

IGOR.- No lo haré tan bien como su marido pero...

SONIA.- Mi marido es irremplazable, pero creo que usted está capacitado para dar muy buenas visitas. Magnífico, magnífico. Bueno, me voy corriendo al Comité para avisarles de que Igor Igorovich es el nuevo guía del Hermitage.

IGOR.- ¿De verdad que les dirá eso?

SONIA.- Seguro. Vaya preparándose para las visitas de esta noche, camarada Igor, ahora tengo que irme. Adiós.

IGOR.- Adiós, querida Sonia. *(Cuando ella se marcha, Igor pone las dos trancas en la puerta pequeña, saca el cuadro del "Ángel*

de cabellos dorados” le quita la tela que lo envuelve, se persigna, reza, sube a la escalera tijera y abre la ventana)

Pavel, Pavel, ¿me oyes?, ¿me oyes? Disculpa que te hable tan pronto. Ya sé, ya sé, quieres que te deje en paz, pero oye, Pavel, ¿tú crees que un ateo puede creer en milagros?, ¿verdad que sí? Gracias, sabía que me dirías que sí. Pues fíjate que nuestro “Ángel de cabellos dorados” me ha hecho un milagro, sí, a mí que además de ateo soy comunista de toda la vida. ¿Cuándo?, hace un momento. Sí, apenas te dejamos en la trinchera. Bueno, el caso es que seré el nuevo guía del Hermitage. Sí, yo, yo. *(Pausa)* ¿Cómo? ¿Cómo? Ya sé, ya sé, soy una bestia según tú, sí y un ignorante, en fin, llámame lo que quieras, pero creo que puedo ayudar a Leningrado diciendo lo mismo que tú y de la misma manera. Te imitaré, Pavel, te imitaré. *(Pausa)* No estás molesto, ¿verdad? Bueno, si te enfadas es peor porque no puedes hacer nada. Al fin y al cabo, quién tiene la culpa que te hayas muerto sino tú. A ver, quién daba las visitas hasta agotarse ¿eh?, ¿eh? Claro, tú te lo buscaste y ahora no me queda más remedio que reemplazarte. *(Pausa)* ¿No estás enojado verdad? ¿Verdad que no? Bueno ahora te preguntaré lo que no me he aprendido bien, *(Saca la libreta)* A ver, Pavel, no recuerdo el nombre del presidente francés que iba a visitar a Monet. *(Pausa)* ¿Cómo?, ¿cómo? ¿Clemente? ¿No? Clemente no. ¿Clemencia? Clemencia tampoco. Vamos, Pavel, dímelo, que la gente viene dentro de poco. ¿Cómo? ¿Clemencio? ¿Clemencio? Habla más alto, ¿Clemenció?

TELÓN